



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 7

CB 116 SEMINARIO EN BIBLIA II

Baslez, Marie-Françoise. “Modos de escribir y géneros históricos”.
En *Cómo se escribe la historia en la época del Nuevo Testamento*,
47-67. Estella: Verbo Divino, 2009

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Modos de escribir y géneros históricos

Para situar los escritos del Nuevo Testamento en la abundante literatura historizante de la época hay que examinar las memorias, las apologías, las notas tomadas diariamente y, ciertamente, los hechos. Éstos son monografías organizadas en torno a una personalidad notable; sus materiales son acontecimientos, militares aunque también sobrenaturales, como las epifanías o relatos de apariciones.

Los títulos neotestamentarios

La designación de los cuatro libros relativos a Jesús como «evangelios» no dice nada de las preocupaciones históricas de sus autores ni de sus decisiones historiográficas. El evangelio no es un género literario. La palabra quiere decir «buena nueva», en el sentido de «anuncio de un acontecimiento dichoso». En el Oriente helenizado designa incluso una forma de proclamación con carácter histórico y político, el mensaje remitido por un rey a una ciudad o un pueblo para «anunciar un acontecimiento dichoso», como un aniversario, una victoria o incluso su llegada. Es la ocasión para que la comunidad que recibe el mensaje rinda honores a la personalidad que se anuncia de esa manera. No tenemos ningún ejemplo de ello, pero podemos suponer que, a través del acontecimiento, el contenido magnificaba el heroísmo y la filantropía del protagonista y que el *euangelion* pertenecía al mismo género, mucho más resumido, que las *Res gestae*, la

celebración de las hazañas, en relación con el papel salvífico atribuido al soberano.

Incluso aunque se llegara a transcribirlo en piedra para conmemorar el acontecimiento, este tipo de mensaje pertenecía más bien a la oralidad y la proclamación: sin duda ésa es la razón por la que Ireneo habla hacia el 170, a propósito del libro de Mateo, de una «forma escrita de evangelio»; un poco antes ha precisado que el «evangelio de Dios» fue primeramente predicado por los apóstoles antes de ser «transmitido en escritos» (*Contra las herejías* III, 1,1). Otros escritos no canónicos de la época apostólica llevaban por otra parte el título de *kerigma*, «proclamación»: Clemente de Alejandría tenía en gran estima, a finales del siglo II, un *Kerigma de Pedro*, al que consideraba como auténtico, y quizá existía un *Kerigma de Pablo*.

Fue la palabra griega *euangelion* la que conservaron los traductores de la Biblia de Alejandría para verter el hebreo

besorâh, por ejemplo para el anuncio a David de la muerte del rey Saúl (2 Sam 4,10). Pero también se empleó el verbo correspondiente (*euangelein*) con un valor religioso, en el sentido de «anunciar la llegada de la salvación», en la traducción de los oráculos de Isaías por ejemplo. Alimentados por los Setenta, los autores de los «evangelios» emplearon la palabra en este sentido a lo largo de su texto; Pablo, que transmite «su evangelio» (Gál 1,6.11), habla del «evangelio de Dios» o del «evangelio de Jesucristo» (Rom 1,1; 15,19). El más antiguo de ellos, el evangelio de Marcos, hace de él incluso el título de su obra –«Comienzo del evangelio de Jesucristo» (Mc 1,1)–, significando con ello que la puesta por escrito de la vida y la predicación de Cristo recurría a un género literario nuevo, sin equivalente en la literatura de la época. Los rasgos comunes en los cuatro libros sobre Jesús conservados en el Nuevo Testamento son lo bastante vigorosos como para que la designación como «evangelio» se extendiera a todos en la época de Ireneo (finales del siglo II), cuando se constituye el canon (*Contra las herejías* III, 11,7).

Hasta entonces, para las primeras comunidades cristianas, estos cuatro libros pertenecían a la literatura de carácter histórico. Cuando trata de la liturgia de las asambleas dominicales, a mediados del siglo II, Justino precisa que en ellas se hacía la lectura de las «memorias que proceden de los apóstoles» (I *Apología* 66,3). Para Clemente de Alejandría, un poco más tarde, el libro de Marcos representa la «puesta por escrito de los hechos del Señor» (*Evangelio secreto de Marcos* 16,19); es decir, que entra en la categoría de las *Res gestae*, que es también la de los Hechos de los Apóstoles, según el nombre convencional del segundo libro de Lucas (*Praxeis* en griego); este nombre está atestiguado desde finales del siglo II en el primer catálogo oficial de libros canónicos, el Canon de Muratori: «Los Hechos de todos los apóstoles fueron escritos en un solo libro». El empleo de *praxeis* en

el sentido de «hazaña» relativa a los «bravos» o los «héroes» (*agathoi*) se remonta al poeta Teognis, en el siglo VI a. C. El título es utilizado, de forma bastante rara, a decir verdad, desde el siglo IV a. C. para historias de guerra que se concentraron a partir de los *Hechos de Alejandro* en torno a figuras individuales, con inclinación a convertirse en gestas heroicas.

Así pues, las primeras generaciones cristianas pensaban que estos libros del Nuevo Testamento pertenecían en cierta forma a la historia, no a la «gran historia», la historia universal, sintética y comprensiva, tal como la redactaban en ese período Diodoro, Estrabón, Tito Livio o Tácito, sino más bien a la puesta por escrito de recuerdos y hechos destinados a servir de material para la historia.

Las memorias

El género de las Memorias (*hypomnêmata*) es uno de los más extendidos en el mundo griego en la época helenística, aunque no deberíamos representárnoslas de entrada como una obra autobiográfica, forma elaborada que no alcanzarán más que progresiva y bastante raramente: conocemos las *Memorias* de Arato, que era el jefe de la confederación aquea a finales del siglo III a. C., en unos cuarenta libros; ellos inspiraron la *Vida* que le dedicó Plutarco. Lo que conocemos como los *Comentarios* de César –*commentarii* en latín, *hypomnêmata* en griego– pertenece también al género. Pero la mayor parte de las memorias antiguas funcionan como documentos para la historia más que como la síntesis de una vida. Están destinados a permitir su elaboración posterior, como lo recuerda el dictador romano Sila, en el siglo I a. C., cuando envía sus *Memorias*, en veintidós libros, a su amigo Lúculo, o incluso Cicerón al historiador Luceyo, cuando le apremia para que escriba la historia

de su consulado sobre la base de las *Memorias*, en griego y en latín, que él mismo ya había redactado. En la mentalidad de los antiguos, las memorias nunca son

más que borradores de la historia, cuyo valor literario discuten los verdaderos intelectuales. Palabras e ideas garabateadas con prisa...

31 PLUTARCO, *Vida de Arato* 3,3

Arato se aplicó quizá menos a la retórica de lo que le convenía a un político. Sin embargo era ciertamente más hábil hablando de lo que piensan algunos autores, que consideran su estilo según las *Memorias* que dejó. Se trata de una obra escrita en medio de sus luchas, a ratos perdidos y con prisa, con las primeras palabras que se le ocurrían.

Tal como lo definió Cicerón en su tratado *Sobre las leyes* (1,2), el género de las *Memorias* se oponía a la historia propiamente dicha, a la vez como género literario y como obra de retórica. En la Antigüedad se trata de relatos cortos, en situación, mediante los cuales una personalidad expone sus actividades públicas y los acontecimientos en los que ha participado. En su origen se trata de «informes de actividad», exigidos para la rendición de cuentas a la que estaban obligados los magistrados de las ciudades al final de su mandato. A finales del siglo IV a. C., el ejemplo del gran hombre de Estado que fue Licurgo es particularmente significativo. Publicó informes puntuales en muchas ocasiones, y después hizo transcribir en una estela de mármol, en el espacio público, todos los actos de su administración; finalmente, la víspera de su muerte, rindió cuentas del conjunto de su vida pública a la vez mediante una exposición oral ante el Consejo y a través de un depósito de archivos. El «informe de gestión» (*apologismós*) es

una variante del informe de actividad: Demades, contemporáneo de Licurgo, dejó uno que abarcaba los doce años de su actividad política, y Polibio sitúa en esta categoría los cuarenta libros de las *Hypomnémata* de Arato. El sistema de los honores, el evergetismo, practicado en las ciudades griegas y en Roma a partir del siglo IV a. C., intensificó aún más la producción de estos libelos: para obtener los honores a los que aspiraba, el benefactor tenía que presentar una «petición», que parece haber tenido la forma de un *curriculum vitae* detallado, exponiendo sus acciones más notables y eventualmente sus hazañas. Tenía que demostrar también que había actuado en perfecta conformidad con los valores de la ciudad y en interés de ella.

El procedimiento de rendición de cuentas, habitual en las ciudades griegas, marcó al autor de los Hechos, que lo empleó de forma recurrente para Pablo al regreso de cada misión.

32 Hechos de los Apóstoles 14,27; 15,4.12; 21,17-20

* a Antioquía, tras su primera misión
** Fabio y Bernabé

* Hch 14,27

A su llegada*, ellos** reunieron a la Iglesia y contaron todo lo que Dios había realizado con ellos y sobre todo cómo había abierto a los paganos las puertas de la fe*. [...]

* Pablo y Bernabé

Llegados a Jerusalén, fueron* acogidos por la Iglesia, los apóstoles y los ancianos, y los pusieron al corriente de todo lo que Dios había realizado con ellos. [...] Escucharon a Bernabé y Pablo contar todos los signos y los prodigios que Dios, por su medio, había llevado a cabo entre los no judíos*. [...]

* Hch 15,4.12

* Pablo y sus compañeros

A nuestra llegada a Jerusalén, los hermanos nos* acogieron con gozo. Al día siguiente, Pablo se dirigió con nosotros a casa de Santiago, donde se encontraban también todos los ancianos. Habiéndolos saludado, les contó detalladamente todo lo que, por su ministerio, Dios había realizado entre los no judíos. Los oyentes de Pablo dieron gloria a Dios*.

* Hch 21,17-20

La rendición de cuentas apostólica presenta, en la pluma de Lucas, grandes analogías con el procedimiento de las ciudades: en todas las ocasiones tiene lugar ante las instancias oficiales de la comunidad; consiste en una relación de hechos destacados, aunque esos informes debían de constituir una forma embrionaria de *Res gestae*,

confirmando así una relación señalada desde hace mucho tiempo entre estos dos géneros históricos. Más aún, el discurso de Pablo en Mileto, tal como está reconstruido por Lucas, está construido como una exposición ordinaria de rendición de cuentas y utiliza la terminología convencional.

33 Hechos de los Apóstoles 20,18-21

Conocéis cuál ha sido siempre mi conducta con respecto a vosotros desde el día de mi llegada a Asia. He servido al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de pruebas que me han valido las conjuras de los judíos. No he descuidado nada de lo que podía seros útil, al contrario, he predicado, os he instruido tanto en público como en privado. Mi testimonio se dirigía tanto a los judíos como a los griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús.

La justificación de toda una vida es convencional, lo mismo que la referencia al interés general. El griego, cuando cuenta así en público, siempre es llevado a representarse actuando, como lo hace aquí Pablo, más que tal como es él mismo.

Ciertamente, parece que en todos estos relatos no se trata más que de informes orales de actividad, lo que, por otra parte, también era la forma que adoptaban frecuentemente en las ciudades. Pero sabemos que las asociaciones antiguas se dotaron de archivos antes del siglo I, y sin

duda las comunidades cristianas lo hicieron igualmente, puesto que pudieron conservar las cartas de Pablo o al menos fragmentos clasificados, según parece, por carpetas. No deberíamos excluir que algunos documentos contables y jurídicos se hubieran conservado, que se tomaran algunas notas durante las homilias o los debates. Al menos es la idea que tiene Clemente de Alejandría de la redacción del segundo evangelio: Marcos habría utilizado sus propias notas y las de Pedro, que habría repartido entre dos libros (*Evangelio secreto de Marcos* 19).

El testimonio de Clemente nos sitúa todavía en una escritura documental de la historia. En la historiografía griega y romana, el género de las Memorias remite a documentos de archivos –listas, actas, cuadernos de viaje–, así como a notas, destinadas a proporcionar un cañamazo para un trabajo de síntesis.

Parece que la redacción de Memorias constituyera la primera forma de historia cristiana hasta comienzos del siglo II. Eusebio hace el elogio de Hegesipo, un judío convertido de Judea, que perteneció a la segunda generación apostólica y que escribió a mediados del siglo II *Memorias (hypomnémata)*, reunidas en cinco libros.

34 EUSEBIO, *Historia eclesiástica* IV, 8,1

En ese tiempo era famoso Hegesipo, cuyas palabras ya hemos utilizado en muchas ocasiones para conservar en depósito algunos hechos relativos a los apóstoles según su propia tradición. En cinco recopilaciones es donde refirió sus recuerdos de la auténtica tradición de la predicación apostólica. Escribió en una composición de las más simples.

Hegesipo había relatado acontecimientos y palabras de los que había sido testigo. Para el historiador de la Iglesia, su obra completa los Hechos, puesto que está vinculado a la comunidad de Jerusalén, a la familia del Señor y a la figura de Santiago. Las características de las Memorias históricas son siempre las mismas: sin pretensión literaria, con un interés centrado en los hechos y las personalidades, un género próximo a la oralidad. Cuando trata de los cristianos de Jerusalén bajo Domiciano dice referir «una tradición». Hegesipo parece haber utilizado genealogías para establecer la parentela de

Jesús. Es el único en proporcionar una noticia biográfica de Santiago, ofreciendo muchos detalles sobre su estatus de levita y su particular condición de *nazir* consagrado, sobre la vestidura sacerdotal, sobre los apodosados al apóstol, sobre el debate con respecto a él entre escribas y fariseos. Identifica al que interviene y al que sorprende. Para terminar, ofrece como prueba auténtica el sepulcro de Santiago y su estela funeraria cerca del templo. Igual que en los evangelios, las palabras de unos y otros se refieren en estilo directo: se trata de hacer vivir el acontecimiento más que de analizarlo.

35 HEGESIPO, *Memorias*, libro V (en *Historia eclesiástica* II, 23,4-18)

El sucesor a la cabeza de la Iglesia, con los apóstoles, es el hermano del Señor, Santiago, llamado por todos el Justo desde la época del Señor hasta nosotros, puesto que muchos se llamaban Santiago. [...]

Se dijeron unos a otros: «Lapidemos a Santiago el Justo». Comenzaron a lapidarlo, porque no había muerto [después] de haber sido precipitado*. Habiéndose

* del pináculo del templo

* clan reputado por su fidelidad a Dios, cf. Jr 35,2-19

vuelto, Santiago se arrodilló y rezó: «Te ruego, Señor Dios Padre, que les perdones, porque no saben lo que hacen». Mientras le arrojaban las piedras, uno de los sacerdotes de los recabitas* intervino exclamando: «¡Deteneos! ¿Qué hacéis? El Justo reza por vosotros». Uno de ellos, un batanero, tomó el bastón con el que sacudía las telas y le golpeó en la cabeza al Justo.

Así es como éste dio testimonio, y lo enterraron en un lugar cerca del templo. Su estela sigue estando aún cerca del templo. Fue un auténtico testigo, tanto para los judíos como para los griegos, de que Jesús es el Cristo. Y muy poco después Vespasiano comenzó el asedio.

Es una escritura narrativa y pintoresca, muy alejada de la aridez de los informes de actividad, que ya proporcionan el embrión de una Vida (cf. pp. 89 y ss.). Sobre la base del mismo material documental, las Memorias pueden evolucionar hacia Apologías, hacia el género autobiográfico o hacia *Res gestae*, en una plasmación biográfica o autobiográfica.

La apología como género autobiográfico

Igual que las Memorias, las Apologías representan una de las expresiones literarias cristianas del siglo II –con los grandes nombres de Atenágoras y Justino– que se arraiga en un modo de escritura que apareció a finales del si-

glo IV a. C. La apología es escribir sobre uno mismo, una exposición para defenderse, siendo el contexto formalmente el de un proceso. ¿Ficticio o real? Se discute en el caso de Justino. En el siglo II, la apología cristiana tiende a convertirse en un «discurso de defensa del cristianismo», aunque su carácter autobiográfico aún está perfectamente marcado en las cartas de Pablo y los Hechos.

A algunos les gustaría que la primera autobiografía griega fuera la defensa pronunciada por Sócrates durante su proceso en el 399, reescrita más tarde por Platón. Pero es Isócrates, orador y jefe de una Escuela de retórica, el primero que plantea el objetivo y el marco de la autobiografía con ocasión de un alegato de circunstancias que le obliga, con ochenta y dos años, a hacer un juicio retrospectivo sobre su vida. Subraya la novedad de su empresa y establece los principios de la autobiografía antigua.

36 ISÓCRATES, *Sobre el cambio* 9-11

Si el discurso que se va a leer se pareciera en ocasiones a los alegatos y otras veces a las obras de importancia, sin duda no le habría puesto ningún prólogo. Pero su novedad y su originalidad exigen que explique los motivos por los cuales he tratado de escribir un discurso tan diferente a los otros. [...]

Reflexionaba sobre los medios para exponer el carácter que tengo, el tipo de vida que llevo y la educación que dispense, de establecer un cuadro de mis pensa-

mientos y de mi vida. Así esperaba hacer conocer lo que me afecta con exactitud y transmitir este discurso como un memorial mío, mucho más hermoso que las ofrendas de bronce.

El discurso no era ni sencillo ni fácil de hacer. Por el contrario, presentaba muchas dificultades. En efecto, de lo que he escrito, algunas partes pueden ser pronunciadas ante el tribunal, pero no todas convienen en un debate de esta clase. Hay fragmentos que pueden aprovechar a los jóvenes que están destinados al saber y a la instrucción, si los escuchan. Se encuentran insertos en él numerosos pasajes escritos en otro tiempo por mí.

Se ve claramente que el género literario de la apología rompe el marco del alegato judicial. El autor quiere «hacer saber la verdad por su cuenta» combinando la defensa, el elogio y la introspección. Se declara el objetivo histórico, puesto que el texto debe funcionar como un «memorial» y ofrecer a la posteridad una figura ejemplar. También ofrece un florilegio de citas, tomadas por el autor de sus propias obras y ampliamente comentadas. No se trata de presentar su existencia en su singularidad, sino de exaltar una personalidad cumplida, digna de los grandes antepasados, conforme al modelo consagrado por la ciudad y digno de elogios. Para algunos grandes personajes del mundo helenístico y romano, escribir sobre sí mismos completa la redacción de Memorias, que pertenecen más bien al inventario de archivos: Arato había escrito una obra *Sobre sí mismo* además de sus *Hypomnémata*, Augusto una *Autobiografía* en trece libros, mucho más desarrollada que sus *Res gestae*.

El género de la apología en los Hechos. El historiador Lucas explotó el género de la apología. Los tres discursos que pone en labios del apóstol Pablo, después de su arresto y su acusación, están suficientemente contrastados como para hacer que se sienta el origen judi-

cial del género y los desarrollos autobiográficos e históricos susceptibles de llevarse a cabo. La primera apología, incluida en el relato de la comparecencia ante el gobernador Félix (Hch 24,10-21), pertenece más bien al alegato, puesto que responde a la requisitoria del abogado del templo de Jerusalén. Acusado de ser el jefe de una secta sediciosa y de haber sido sorprendido en flagrante delito de profanación del templo, Pablo objeta a las presuntas acciones subversivas la brevedad de su estancia en Jerusalén y su discreción, devolviendo la acusación de causante de disturbios contra sus adversarios; destaca la ausencia de pruebas y rechaza la acusación de haber fundado una secta mediante una profesión de fe en el «Dios de nuestros padres». Como debe ser, el autor del alegato incluye una *captatio benevolentiae*, cuando Pablo recuerda que no ha acudido a Jerusalén más que para llevar a cabo su deber de limosna.

Pero la apología pronunciada durante la comparecencia ante Festo, Agripa y Berenice es el esbozo de una auténtica autobiografía organizada en torno a su conversión (Hch 26,2-23). Para el «antes», presenta su vida de judío piadoso y de fariseo, es decir, su manera de vivir, como se hacía desde Isócrates; en un segundo momento recuerda sus actividades destacadas, en este caso la represión

de los cristianos, como se le había encargado. Entonces tiene lugar la experiencia central de la conversión, bajo la forma de un relato de aparición, que desarrolla la vocación de Pablo y la explica más que en la primera versión de los Hechos (9,3-7), donde el acontecimiento era percibido más bien desde el exterior. Esta vez, la trama de la autobiografía se aparta del esquema clásico para adoptar el del relato de milagro, la *aretalogía* (cf. p. 104), construido en torno a un cambio de situación: el perseguidor, el que perseguía la fe nueva, se convierte en su propagador. Así, la autobiografía sumaria que se esboza aquí parece bastante próxima a un género de escritos místicos que culminará en los *Discursos sagrados* de Elio Arístides a finales del siglo II (cf. p. 55).

La primera de las tres apologías, insertada por Lucas en el relato del arresto (Hch 22,1-19), acentúa esta dimensión, añadiéndole el relato de una segunda aparición en la de Damasco. Pero también es la que ofrece más detalles históricos y proporciona más nombres e indicaciones: sobre el origen de Pablo y su educación; sobre la existencia de documentos tales como las cartas recibidas de los sumos sacerdotes; sobre el papel de Ananías en Damasco.

Las apologías de Pablo. Este modo de escritura, que hace que evolucione el género judicial del alegato hacia la autobiografía, parece haber sido uno de los que el propio Pablo utilizó. La carta a los Gálatas es la que contiene más elementos autobiográficos; ahora bien, Hans Dieter Betz subrayaba, en 1978, que podía considerarse toda ella como un discurso de defensa, conforme a las reglas codificadas por Cicerón y Quintiliano. Es una apología en toda regla. Los elementos autobiográficos tienen lugar en el relato de los hechos, que deben refutar la acusación (Gál 1,13-2,14) estableciendo la autentici-

dad de la vocación apostólica de Pablo: relato de su vocación (1,13-24), relato de la asamblea de Jerusalén, que confirmó su vocación (2,1-10), relato del incidente de Antioquía, donde Pedro discutió su autoridad (2,11-14).

El otro texto paulino que incluye una sección autobiográfica es la segunda carta a los Corintios. El modo de escritura «sobre sí» es, esta vez, anticonformista. Frente a los desórdenes introducidos en la comunidad por la llegada de enviados de Jerusalén, que apelan a la autoridad de los apóstoles, Pablo se pregunta si debe hacer su apología (2 Cor 12,14). Rechaza hacer un alegato para defenderse en el plano humano, haciendo referencia a sí mismo para mostrar sus méritos y su integración en la comunidad según el modelo convencional; por contra, elige hacer una autobiografía «inversa», una biografía a contrapelo *-biography of reversal*, según la feliz expresión de los exegetas norteamericanos- refiriendo no sus hazañas, sino su debilidad: «Si hay que gloriarse, de mi debilidad es de lo que me glorío» (2 Cor 11,21-12,10). En la Antigüedad se toma conciencia de la propia identidad mediante la diferenciación: así, el griego se define diferenciándose del bárbaro; el ciudadano de los no ciudadanos, y el hombre libre del esclavo. Al rechazar las convenciones del elogio, Pablo puede plantear así la diferencia cristiana. Sin embargo, este pasaje proporciona asimismo varios elementos preciosos de la historia de Pablo: las penalidades que sufrió según el derecho judío y el romano; el episodio de su huida de Damasco, sus visiones y revelaciones. Lo que conserva la apología paulina de las convenciones que pesaban habitualmente sobre el modo de escribir la historia es que la referencia del relato no es el individuo por sí mismo, sino el individuo en relación con la comunidad de la que es miembro. En esto, Pablo pertenece siempre al mundo de la ciudad.

Las notas diarias

Una manera de registrar materiales para la historia –la suya propia y la de su tiempo– es evidentemente tomar notas al hilo de los acontecimientos. Cuando éstos se salen de lo ordinario. Dos circunstancias se prestaban a ello en la Antigüedad: el viaje y las curas médicas aguardando una intervención sobrenatural.

Notas de viaje y relatos de enfermedad aparecieron ambos en el siglo IV a. C., y estos géneros conocieron un gran desarrollo en la época helenística y bajo el Imperio.

El diario íntimo. A mediados del siglo II d. C., Elio Aristides, brillante conferenciante mundano, aunque notorio hipocondríaco, se consagra al Asclepios de Pérgamo, que le había curado. Comienza entonces la redacción de sus *Discursos sagrados*, destinados a celebrar el poder del dios Asclepios refiriendo las diversas manifestaciones de su poder, sus apariciones, sus milagros y su solicitud por su fiel. El autor utiliza el material de varios diarios íntimos: «registros de sueños» escritos en el día a día, sobre los cuales redactaba sus visiones oníricas de la noche a instancias del dios; un *Diario de cuarenta días*, compuesto en enero-febrero del 166, que mezcla sueños y tratamiento médico.

37 ELIO ARÍSTIDES, *Discursos sagrados* 2,8

Si alguien quiere conocer con toda exactitud lo que he recibido del dios, que busque mis manuscritos y los propios sueños. En realidad, allí encontrará tratamientos de todas clases, diálogos, discursos seguidos, una gran variedad de visiones, toda clase de predicciones y oráculos sobre asuntos de todo tipo. Unos están redactados en prosa, otros en verso. Todo esto merece más acciones de gracias al dios de lo que se podría imaginar.

Estas notas manuscritas alcanzaron «al menos 300.000 líneas» (*Discursos sagrados* 2,3). Estaban amontonadas sin orden, y muchas de ellas se perdieron. Más generalmente, no tenemos idea de la frecuencia con la que pudieron escribirse estos diarios íntimos, a menos que hayan sido empleados en una obra literaria como los *Discursos sagrados* –que hoy sigue siendo única– o transcritos sumariamente en piedra a título de exvoto, «por orden del dios». Las inscripciones permiten establecer que este modo de registro de hechos íntimos se remonta al siglo IV a. C. para las más antiguas estelas de «milagros» de Epidauro. En este santuario sanador, el más antiguo de todos, la comparación

de dos series de inscripciones permite entender mejor el surgimiento de la mirada autobiográfica. Los sacerdotes registran cada caso en una lista de breves noticias (*iama-ta*), indicando el nombre de la persona, la naturaleza de la enfermedad, el modo de intervención divina y a veces, cada vez más frecuentemente, el tratamiento prescrito y seguido. Pero los testimonios individuales ponen en escena más bien la experiencia vivida, bien bajo la forma de un cuadro, bien bajo la de un relato, que puede convertirse en el embrión de una Vida, como la de Apelas, hacia el 160 de nuestra era, que mezcla viaje, peregrinación, experiencia mística y curación.

38 Exvoto de Julio Apelas

* Asclepios en Epidauro

* su esposa

Fui enviado por el dios*, mientras estaba cada vez más enfermo, sufriendo en particular de dispepsia. Durante la travesía, en Egina, el dios me ordenó que no me dejara llevar tan frecuentemente por la cólera. Cuando llegué al santuario me ordenó que me cubriera la cabeza con un velo durante dos días en los que cayó la lluvia, que me contentara con pan, queso y finas hierbas, que me bañara solo y me ejercitara en el patio, después de que chupara una corteza de limón macerada en agua [...], que hiciera un sacrificio común a Asclepios, a Epiona* y a las dos diosas de Eleusis [...]. El primer día [...] como rezara al dios que me devolviera rápidamente la libertad, se me apareció en sueños para decirme que me hiciera una cataplasma con mostaza y sal, y después, al salir del lugar de iniciación, que me dirigiera a las termas, precedido por un pequeño esclavo con un incensario humeante; entonces escucharía al sacerdote exclamar: «Estás curado. Da lo que debes». Yo actué según lo que ordenaba el sueño, me hice la cataplasma, que me hizo sufrir, pero ya no sufrí más después de mi baño. Era el día noveno después de mi llegada. El dios me tocó la mano derecha y el pecho. A la mañana siguiente, durante el sacrificio, una chispa saltó a mi mano, que se llenó de ampollas, pero poco tiempo después se volvió sana.

Después de varios días suplementarios de cura, Apelas es curado definitivamente y abandona el santuario de Epidauro, después de mandar grabar esta estela conmemorativa que le pedía el dios. El registro de semejante cantidad de pequeños detalles, día a día, establece claramente la existencia de notas diarias.

Recientemente, las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Asia Menor han revelado, en santuarios con cultos muy variados y de distinta naturaleza, exvotos escritos que también pertenecen a la puesta en escena autobiográfica. Se les designa según su contenido indiferentemente como «estelas de expiación» o «estelas de confesión». El esquema del relato es siempre el mismo. Alguien ha cometido un crimen o un delito que ha quedado impune (robo de vestidos en los baños, de ga-

nado, etc.). Es herido por la enfermedad y la desgracia, que le incitan a un retorno sobre sí mismo, a tomar conciencia de su falta, a reconocerla públicamente en el santuario, ante los sacerdotes, durante un procedimiento ritual, a cumplir la penitencia fijada por el dios, de la que forma parte la erección de una estela conmemorativa. En ocasiones es preciso la muerte-castigo del culpable para que sus hijos comprendan y reparen la falta de su padre. El relato acaba con una acción de gracias y una doxología colectivas.

Estos documentos pertenecen tanto al relato de milagro como a la autobiografía. Incluso por su brevedad ponen de relieve esta estructura del relato para la que se ha acuñado el término de «aretalogía» (cf. p. 104), o cómo «expresar» lo que llamamos el «poder» o los «mi-

lagros» del dios. El esquema es siempre el mismo: prueba (enfermedad, persecución), situación de peligro de muerte, oración, intervención divina, conversión, doxología. La literatura judía, e incluso bíblica, integró esta forma de escritura en el siglo II a. C., reconstruyendo la historia de las persecuciones y los primeros relatos de martirio sobre el modo de cambio milagroso de la situación, como en el libro de Daniel o el Tercer libro de los Macabeos, una historia ptolemaica escrita en Alejandría en el siglo I d. C. Esta forma de escritura se utiliza en los Hechos, en particular en un episodio situado en Éfeso, cuando el autor da cuenta del cambio de los habitantes del lugar, que abandonan la magia después de los signos ofrecidos por Pablo (Hch 19,13-19). Lucas evoca la «confesión» de las faltas (*exhomologeistai*), lo cual resulta absolutamente significativo en el ambiente, en esa región en la que florecen las «estelas de confesión».

Cuaderno de notas y diario de viaje. El viaje lejano es la segunda experiencia que ha podido incitar a los individuos a tomar notas diariamente. El diario de viaje más conocido, conservado íntegramente durante toda la Antigüedad, es evidentemente la *Anábasis* de Jenofonte, aunque no es el más representativo del género. Joven intelectual formado en la escuela de Sócrates, obligado a marchar al exilio tras los golpes de Estado fallidos de la época, Jenofonte es considerado como un aventurero y reportero de guerra en la expedición de mercenarios griegos que se enrolaron con el príncipe

persa Ciro en el 401 y que lo acompañaron a Mesopotamia para tratar de derribar al rey. Después de la derrota y la muerte de Ciro cerca de Babilonia, el regreso de los griegos a su patria les obliga a largas peregrinaciones para escapar de sus perseguidores, y a un inmenso desvío por el noreste de la llanura anatolia hasta Armenia, país hasta entonces desconocido. La expedición, cuya cabeza asume a partir de ahora Jenofonte, evoluciona como un viaje de exploración. Así pues, la obra que Jenofonte escribió en su vejez, mucho después de su regreso, alterna relatos de sucesos y descripciones geográficas y etnográficas. A pesar de que el plan general sigue el orden del viaje y a pesar de que Jenofonte empleó notas tomadas en el momento, también es cierto que se distanció en la redacción final, en particular cuando escribe en tercera persona, como hará también César en sus *Comentarios* a la guerra de las Galias. Por tanto se trata, en su redacción final, de obras con la forma literaria muy elaborada.

Se nos han conservado también documentos primarios de la expedición de Alejandro entre el 332 y el 323, no sólo Memorias, como las de Ptolomeo, que fueron redactadas mucho más tarde, en el otoño de su vida, o como la *Anábasis*, sino sobre todo una especie de cuadernos de exploración debidos a los agrimensores (*bematis-tas*) del ejército de Alejandro. Eran técnicos, no escritores, encargados de medir las distancias, trazar itinerarios y, eventualmente, describir el país.

39 BETÓN, *Las etapas de la expedición de Alejandro*

* 197 km

La capital de Partia, Hecatónfilo, está a 133 millas* de las Puertas caspias. Para los que desemboquen en las Puertas, es el pueblo del Caspio el que encuentran en primer lugar, cuyo territorio se extiende hasta la costa [...]. Cuando se abando-

* 333 km

* 1.036 km; citado por Plinio, *Historia natural* VI, 44-45

* citado por Atenea 442b

Esta clase de notas de viaje, muy pragmáticas, está en el origen del género de las Etapas (*stathmoi* en griego) o los Itinerarios, que se desarrollará bajo el Imperio romano y del que se pueden citar dos notables ejemplos: el *Itinerario* de Isidoro de Charax, descripción muy completa, etapa por etapa, de Mesopotamia, y el *Itinerario de Burdeos a Jerusalén*, obra de un peregrino anónimo de mediados del siglo IV, que constituye el primer testimonio de peregrinación a Tierra Santa. Estas notas-indicaciones, que señalaban las distancias, las fronteras, los albergues de etapa, los obstáculos naturales, incluso las curiosidades, podían ser esquematizadas en un soporte duro, escudo o cubilete de viaje, o incluso ser dibujado en uno de esos mapas cuya huella se nos ha conservado en la Tabla de Peutinger.

El género del Periplo es al viaje marítimo lo que el Itinerario es al viaje por tierra. Aparecido también en el

na ese pueblo para llegar al río Ciro, se franquean 225 millas* y si, de este río se vuelve a las Puertas caspias, se cuentan 700 millas*.

Betón, el agrimensor de Alejandro, en su obra *Las etapas de la expedición de Alejandro*, y Amintas, en *Las etapas*, dicen que el pueblo de los tapiros es tan aficionado al vino que no utilizan otro perfume que el vino*.

siglo IV a. C., combina instrucciones náuticas y descripción de tierras vistas desde el mar. Esta trama podía desarrollarse en un verdadero diario de viaje. Mejor que la *Anábasis* de Jenofonte, el *Periplo* de Nearco es el que nos da una idea directa de estos cuadernos de viaje. Nearco era un almirante cretense que había acompañado a Alejandro a Oriente y que fue encargado por él, en el 325, de llevar a una parte del ejército por mar, al regreso de la expedición de la India, descubriendo así el océano Índico. Su texto se conservó y lo citó íntegramente el romano Plinio en su *Historia natural*, a finales del siglo I d. C., y después el historiador Arriano, en el siglo II. Nearco registró todos sus descubrimientos, el de los brahmanes (llamados desde entonces *gimnosofistas*) y el del tigre, moviéndose entre lo real y lo maravilloso.

40 ARRIANO, *India* XI, 15, citando a Nearco, *Periplo a lo largo de la India*

* en griego, *gimnosofistas*

* 140 m

Estos sofistas viven desnudos*, exponiéndose en invierno al sol y en verano, cuando el sol quema, en los prados y los lugares húmedos, bajo grandes árboles. Según Nearco, su sombra se extiende por una superficie de cinco pletras*, y una multitud podría cobijarse bajo un solo árbol, de grandes que son.

Nearco dice que vio una piel de tigre, pero no al propio animal. Los indios afirman que el tigre tiene el tamaño de un caballo de gran talla y que su velocidad y su fuerza no pueden compararse con nada.

Relatos de mercaderes y de viajeros corrientes.

Tanto en la Antigüedad como en la época moderna, los relatos de exploración son sobre todo obra de militares,

dotados de capacidades técnicas y de un sólido bagaje intelectual. Pero hoy podemos establecer que algunos viajeros corrientes, en particular mercaderes, también

formaban parte de la cultura de lo escrito, que conservaban documentos de viaje e incluso eran capaces de escribir una relación. Los mercaderes, al menos los armadores y los comerciantes (*emporoi*) que recorren el mar, participan de la cultura del libro y de lo escrito. En la *Anábasis* (VII, 5,14), justamente mientras inspecciona algunos restos en una playa, Jenofonte observa que algunos «papeles con escritura» figuraban en los equipajes encallados, entre la variedad de cosas que los comerciantes llevaban habitualmente consigo. Más tarde, Polibio (XII, 25,6) echa la culpa a los pilotos del navío, que lo dirigen únicamente con un libro, lo que sugiere el embarque de portulados [cartas] o instrucciones náuticas. Finalmente, desde el siglo IV a. C., para hacer frente a cualquier control, los comerciantes transportaban con ellos «papeles de a bordo», que daban cuenta de su procedencia y su itinerario, así como del origen de su cargamento. Como atestiguan los restos de naufragios, esos documentos fueron escritos primeramente en tablas de madera o de plomo, después en *ostraka*, empleados hasta la época helenística, y en papiro. Podían ser manejados por un «escriba de a bordo» (*phortou mnemon*), figura que ya aparece en la *Odisea* (VI, 163). Así pues, todo indica que los comerciantes llevaban consigo un cierto número de escritos en soportes diversos, documentos administrativos, correspondencia y documentos de viaje que podían estar en la base de un diario de viaje.

Este contexto cultural, que no ha sido puesto de relieve más que recientemente por A. Bresson («L'attention d'Hiéron et le commerce grec», en *La cité marchande*. Burdeos, 2000), arroja una nueva luz sobre el problema de las «secciones "nosotros"», escritas en primera persona del plural en los Hechos. Aparecen en tres ocasiones: primero en un momento clave,

fuertemente simbólico, de la misión de Pablo, cuando éste pasa a Europa conforme a la visión de un macedonio (Hch 16,9-10); después, para introducir el regreso de Pablo a Jerusalén como resultado de su última misión en Grecia, otro momento simbólico (Hch 20,5-15; 21,1-18); finalmente y sobre todo en el relato del viaje en cautividad a Roma, que incluye el drama del naufragio (Hch 27-28). Desde hace más de un siglo se discute el valor histórico de estos pasajes, considerados alternativamente como un simple procedimiento de escritura, destinado a autenticar acontecimientos capitales en la vida del apóstol bajo el manto del testimonio ocular (cf. pp. 7 y ss.), o como la inserción de verdaderas notas de viaje. Muy recientemente, al estudiar el relato del viaje marítimo a Roma desde el punto de vista de la geografía, las instrucciones náuticas, la navegación y las escalas en la región, Ch. Reynier ha demostrado el gran tecnicismo de este pasaje, que no deberíamos confundir con una ficción novelesca (cf. p. 76). Si consideramos que el propio Pablo y su familia, así como otras personalidades de la misión, como Áquila, Febe o Cloe, pertenecían a ese ambiente de comerciantes internacionales, cuya figura emblemática en los Hechos representa Lidia, parece plausible, si no verosímil, que algunos compañeros del apóstol hubieran escrito un diario de viaje.

Podemos tener una idea del estilo y del contenido de estas recensiones, que no tenían por autores a intelectuales y que ante todo poseían un carácter pragmático, a través de la obra de Heráclides el Cretense, que recorrió Ática, Grecia central y Tesalia, sin duda a mediados del siglo III a. C. Anotaba las etapas, las distancias, el estado de los caminos, la calidad de la hospitalidad local, todo sazonado con algunas descripciones del paisaje e impresiones turísticas.

41 HERÁCLIDES EL CRETENSE, *Notas de viaje*

De allí a Atenas. El camino es agradable, los campos de alrededor están enteramente cultivados y, según parece, son hospitalarios. La ciudad está completamente seca: está mal provista de agua y, por el hecho de su antigüedad, tiene mal distribuidas las calles y los barrios. La mayor parte de las casas son sencillas, pocas son confortables. A primera vista, un extranjero difícilmente podría creer que se trata de la famosa Atenas, pero muy rápidamente lo creará naturalmente, dado que en ella se encuentra lo más hermoso de la tierra: un teatro que merece ser mencionado –es grande y admirable–, un suntuoso santuario de Atena que se ve de lejos y que merece ser visto [...]. Tres gimnasios [...], fiestas de todo tipo; pasatiempos recreativos para el espíritu junto a filósofos de todas las Escuelas: numerosos días feriados; espectáculos permanentes.

Esta presentación para el viajero de su etapa ateniense no deja de recordar dos pasajes de Hechos, la llegada de Pablo a Atenas (Hch 17,18-21.23), donde el autor observa de la misma manera el acceso, el paisaje monumental, el comportamiento de los habitantes y las Escuelas filosóficas; pero también el desembarco de los naufragos en Malta (Hch 28,2.10). Y, como hace Lucas para los malteses, Heráclides encadena algunas consideraciones sobre la prosperidad del lugar y sobre la hospitalidad de los atenienses, que «son generosos, sencillos en sus maneras, naturalmente atentos con sus amigos [...]. De forma general, por todas las alegrías de la existencia, Atenas supera a todas las otras ciudades». Y viene a la memoria el verso de Lisipo: «Si no has visto Atenas eres un tronco. Si la has visto sin conmoverte, eres un asno.

Si te ha complacido y te has alejado de ella, eres una acémila».

Efemérides reales y circulares de corte. Las efemérides reales constituyen la última forma de «diario» que nos ha transmitido la Antigüedad. En esta ocasión, el género se remonta a la corte de Macedonia y al reinado de Alejandro. Las efemérides de su chambelán, Cares de Mitilene, alimentaron ampliamente las historias posteriores de Alejandro hasta la *Vida* que le dedicó Plutarco (cf. p. 91). En el siglo II d. C., el popurrí enciclopédico de Atenea de Naucratis cita numerosos y largos fragmentos de ella, así como otras efemérides de la corte ptolemaica. Esta literatura conservaba evidentemente el detalle de momentos decisivos, dramáticos o anecdóticos del reinado, como un accidente.

42 PLUTARCO, *Sobre la virtud de Alejandro* 2,9 (citando a Cares de Mitilene)

Según Cares, en la batalla de Isos, Alejandro fue herido en el muslo con un golpe de espada por el rey Darío, con quien peleaba en un cuerpo a cuerpo. El propio

Alejandro lo comentó con sencillez en su correspondencia con Antípater: «Sucedió que me hirieron en el muslo con un golpe de puñal, pero nada lamentable me sucedió, ni entonces ni después».

La circulación de la información es muy clara: el acontecimiento fue consignado en las efemérides y en la correspondencia de Alejandro con el regente que había dejado en Macedonia. Por otra parte, no es tan anecdótico como podría creerse, porque se trata de un duelo entre jefes, escena emblemática de la historiografía persa. En efecto, parece que las efemérides habían popularizado escenas bastante estereotipadas de la vida de corte: audiencias solemnes, gozosas entradas en ciudades sometidas, banquetes, ejecuciones espectaculares. En este sentido, siguieron a las *Historias persas* escritas por los griegos a partir del siglo v a. C. En los evangelios, la puesta en escena de la ejecución del Bautista, durante un banquete real, conserva algo de ello (Mc 6,21-28; Mt 14,6-11; cf. p. 71), así como la evocación de la muerte de Herodes Antipas como acontecimiento espectacular en los Hechos de los Apóstoles (Hch 12,21-23). Pero su precisión cronológica, el detalle de los hechos, la celebración de las hazañas militares y las liberalidades de los soberanos proporcionaban tam-

bién la materia de los Hechos, que éstos redactaban o hacían redactar para su gloria.

Los Hechos

El género histórico de los Hechos (*praxeis*), a los que los cristianos del siglo II vincularon el segundo libro de Lucas, había aparecido en el siglo IV a. C., en la corte de Macedonia, bajo Filipo II, el padre de Alejandro. La primera obra histórica en llevar ese título fue una historia de acontecimientos, un tipo de *Historia griega (hellenikai praxeis)*, centrada, según parece, en el ascenso de Filipo II. En efecto, casi inmediatamente el género evolucionó de la historia general a la monografía organizada en torno a una personalidad destacada, conservando siempre su carácter fáctico. Las recopilaciones de Hechos fueron numerosas, ya estuvieran dedicadas a Alejandro o a sus sucesores. Su contenido pertenece frecuentemente a la historia militar, y eso permanecerá como una característica del género, como lo confirma un historiador anónimo de la corte del rey de Bitinia entre los siglos II y I a. C.

43 PSEUDO-ESCIMNO, *Circuito de la tierra*, prólogo

Divino rey Nicomedes [...]. La obra aquí producida, con sus contornos bien delimitados, he querido de corazón que resulte útil: a través de ti, todos aquellos a los que atrae la ciencia encontrarán en ella un común beneficio [...] Me corresponde hablar de las hazañas de la forma más económica.

Así se presenta lo que he escrito. Para la casa real de Pérgamo, hoy extinta, pero cuya gloria sigue estando para siempre muy viva entre todos nosotros, alguien, entre los verdaderos filósofos áticos, que había escuchado al estoico Diógenes y durante mucho tiempo había frecuentado la escuela de Aristarco, compuso, par-

* cronografía

tiendo de la conquista de Troya, una historia de acontecimientos* que llega hasta nuestros días.

* *praxeis basileuôn*

Expuso el curso de los mil cuarenta años que había tomado como marco, enumerando capturas de ciudades, desplazamientos de tropas armadas, migraciones de pueblos, invasiones bárbaras, salidas de escuadras y guerras de corso, armisticios, alianzas, treguas, batallas, hechos de reyes*, vidas de hombres ilustres, retiradas, ataques, caídas. Hizo un resumen* de estos hechos que había descrito con profusión [...].

* *epitomé*

Personalmente me he empeñado en procurarme a mí mismo la prueba remitiéndome a trabajos dispersos [...].

Así pues, estos materiales «dispersos» que utilizan los autores de Hechos son listas analíticas de acontecimientos (o *cronografía*), del tipo de la *Crónica de Paros* ya citada (cf. p. 33), historias militares –puesto que se trata de dar cuenta de hazañas–, relatos de viaje. En la época helenística, los Hechos continúan perteneciendo a la literatura de corte, de donde también procede el género de la Vida de hombres ilustres (cf. pp. 89 y ss.), representado por la obra de Plutarco que ha llegado hasta nosotros. Por tanto hubo una relación bastante estrecha entre los Hechos y las Vidas.

de Alejandro eran el complemento a una *Historia griega de treinta años*, en diez libros, dedicada a los reinados de Filipo y Alejandro. Calístenes también había redactado un *Periplo*, como Nearco, para dar cuenta del viaje y las exploraciones del conquistador. Así pues, le correspondía a la redacción de los *Hechos* deducir la estatura carismática del conquistador a través de episodios significativos. El libro se perdió, pero sabemos que inspiró la *Vulgata* de la historia de Alejandro, compuesta en Alejandría por Clitarco, que vivió, según parece, bajo el reinado de Ptolomeo I (ca. 305 – ca. 282); la obra se bañaba en lo maravilloso, así como en otras historias populares del conquistador que han permanecido anónimas. Se piensa que el famoso episodio del oráculo de Si-Wa, que reconoció el nacimiento divino de Alejandro, procede de los *Hechos*.

Fue Calístenes, sobrino de Aristóteles y miembro de la expedición de Alejandro hasta el 327, quien dio esta nueva dimensión a esa forma de escribir la historia. Los *Hechos*

44 Anónimo, *Historia de Alejandro*

Alejandro se apoderó de Egipto y pasó a Libia. Tuvo que franquear una inmensa región de arena, sin agua, y llegó al santuario de Amón, que está en un oasis regado [...]. Conforme a la leyenda, los dioses, atacados por los titanes, llegaron a Egipto y allí se metamorfosearon en toda clase de animales de especies diferentes. Zeus se transformó en carnero [...]. Cuando Alejandro llegó al santuario, como si allí encontrara igualmente un oráculo, quiso preguntarle e incluso usó la violencia cuando el sacerdote y el adivino le respondieron que era imposible preguntar al oráculo ese día. Ante sus amenazas, el sacerdote le dijo: «Joven, eres in-

vencible». Al oír estas palabras, Alejandro se llenó de alegría. Inmediatamente después el adivino añadió. «No eres el hijo de Filipo, eres el hijo del propio Zeus Amón». Alejandro se acordó entonces de las palabras de su madre Olimpia, que pretendía que una serpiente se había unido a ella para engendrar a Alejandro.

Los otros historiadores de Alejandro están de acuerdo en el hecho de que el sacerdote saludó a Alejandro como «hijo de Amón», empleando el título faraónico, pero esta historia redactada en un estilo muy ordinario, para un público sencillo, utiliza ampliamente los temas populares de la metamorfosis y el nacimiento milagroso (cf. p. 99). El sustrato de los *Hechos* se muestra en el recurso al estilo directo, sugiriendo una recopilación de

«dichos» y de «hazañas». En el paso de los siglos IV al III a. C., algunos de los sucesores inmediatos de Alejandro redactaron ellos mismos sus *Hechos*. Antípater, regente de Macedonia, lo hizo a partir de sus *Memorias*. Los *Hechos de Pirro*, rey de Epira, también fueron editados sin duda por el propio rey. Ninguno de estos libros se ha conservado, porque, aunque fueron muy utilizados, no se les reconocía valor literario.

45 PAUSANIAS, *Periégesis (Descripción de Grecia)* I, 12,2

* *syngrafeus*

* *erga*

Existen libros que debemos a gentes que no son conocidas como historiadores* y que llevan como título «Memorias de las acciones»*. Cuando los leo, experimento —a propósito de Pirro— una viva admiración por la audacia que mostraba en el combate.

Este juicio de un lector del siglo II d. C. permite establecer, pues, que esta literatura perdida cultivaba cada vez más una dimensión «heroizante» y trataba de crear una relación de empatía entre el lector y el héroe, muy lejos de pretender la síntesis histórica que constituye en la Antigüedad la «gran historia». Todas las simplificaciones, todas las interpretaciones estaban admitidas: de los *Hechos de Aníbal*, redactados por un historiador espartano a finales del siglo II a. C., se decía que «no [tenían] rigor» (*asystrofoi*) «ni exactitud» (*analetheis*).

En general, los *Hechos* eran un complemento a otro libro con la forma histórica más elaborada: una *Historia de treinta años* para Calístenes, una *Autobiografía para Augusto*, cuyos *Hechos* (*Res gestae* en latín) son los únicos del género que han llegado hasta nosotros, bajo la forma de inscripciones, porque fueron publicados en todas las capitales provinciales del Imperio. Por tanto, se trata evidentemente de una escritura abreviada de la historia. La trama analítica es muy aparente en el registro de los hechos.

46 *Res gestae divi Augusti* 1.4.8.20

Con diecinueve años recluté *motu proprio* y a mis expensas un ejército gracias al cual devolví la libertad de la República. Por esta razón el Senado me agregó a su orden, bajo el consulado de C. Pansa y de A. Hirco, concediéndome votar con el rango consular y me confirió el *imperium* [...].

Por dos veces tuve los honores de la ovación y celebré tres triunfos y fui saludado veintiuna veces como *imperator* [...]. Fui trece veces cónsul, cuando escribí lo que precede y estuve en mi trigésimo séptimo poder tribunicio [...].

Durante mi quincuagésimo consulado, por orden del pueblo y del Senado, aumenté el número de los patricios. Dispuse tres veces la lista del Senado. Y, en mi sexto consulado, hice el censo del pueblo con M. Agripa como colega. Tenía cuarenta y dos años cuando el brillo no había sido hecho.

Siendo cónsul por sexta vez, restauré bajo la autoridad del Senado ochenta y dos templos de los dioses en la Ciudad* [...].

* Roma

Los *Hechos* de Augusto son en primer lugar un inventario de hechos, ordenados cronológicamente. Por su contenido pertenecen más bien a la literatura triunfal, que no adquieren la forma de un testamento político para uso de sus sucesores, lo cual es objeto, por el contrario, de los *Comentarios* incluidos en sus documentos testamentarios. Las *Res gestae* ofrecen una explicación concreta a esta síntesis del principado que eran los *Comentarios* autobiográficos. La obra está compuesta en dos partes: propiamente hablando, los *Hechos* atestiguan el dominio del espacio mediante la enumeración de las conquistas, y las «donaciones» del emperador a sus pueblos, que merecen su reconocimiento. Los *Hechos* de Augusto recogen las mismas temáticas que los *tituli* o paneles de información que se llevaban en los triunfos, o incluso los discursos y relatos justificativos. El género de los *Hechos* encuentra indiscutiblemente su origen en la retórica del elogio: a finales del siglo v a. C., el elogio en verso de una dinastía de Asia Menor asocia

sus «palabras» (*logoi*) y sus «acciones» (*erga*). A finales del siglo I, cuando Lucas compuso su segundo libro, los *Hechos* se caracterizaban a la vez por una escritura simplificada y concreta, conforme al registro de los hechos, y por un objetivo historizante para poner de relieve una personalidad carismática, un ejemplo a imitar.

Los judíos estaban acostumbrados a esta forma de escribir la historia desde finales del siglo II a. C. Después de la guerra de liberación librada contra los excesos de la dominación griega, los dos autores de *Historias de los Macabeos* –ya se trate del judío de la diáspora alejandrina autor del segundo libro de los Macabeos o del escriba del templo de Jerusalén, autor del primero– conciben su historia como una recopilación de hazañas individuales; es decir, como *Hechos*. Hacia el 125 a. C., un anónimo explica en su prólogo por qué y cómo ha resumido las *Historias macabeas* de Jasón de Cirene, convencionalmente conocidas como el segundo libro de los Macabeos.

47 2 Macabeos 2,19-31: prólogo del compendiador

Todo lo que concierne a Judas Macabeo y sus hermanos, la purificación del gran templo, las guerras contra Antíoco Epífanes y su hijo Eupator, así como las apariciones* celestiales que tuvieron lugar en beneficio de aquellos que lucharon generosa-

* en griego, *epifanías*

* *agathoi*

* *syngrafeus*

* *kata meros*

* *historia*

mente como héroes* por el judaísmo [...], habiendo sido expuesto todo eso en cinco libros por Jasón de Cirene, nosotros trataremos de resumirlo en una sola obra. Considerando el baile de cifras y la dificultad que experimentan aquellos que quieren zambullirse en los relatos de la historia, a causa de la abundancia de la materia, hemos tenido la preocupación de ofrecer una guía de lectura a los que quieren hacerlo, para comodidad de los que les gusta memorizar los hechos, como ayuda a todos, indistintamente [...]. Hemos dejado al historiador* el cuidado de ser completos en cada acontecimiento, poniendo todos nuestros esfuerzos para trazar los contornos de un compendio [...]. Penetrar en las cuestiones y darles vueltas con curiosidad mediante monografías* conviene a aquel que quiere iniciar una investigación histórica*, pero entregarse a resumir su composición y evitar tratar exhaustivamente los hechos es una concesión hecha por el adaptador.

Las dos historias de los Macabeos utilizan una trama de acontecimientos, excepto que está segmentada en relatos individuales organizados en torno a una figura central. Por tanto, la composición no se refiere a las grandes fases de la historia general, como lo haría una *Historia universal* a la manera de Polibio o de Diodoro. El segundo libro de los Macabeos se cierra de forma inesperada con la derrota del impío general Nicanor, cuando la guerra se prolongó durante varios años, porque ese momento marca para el autor el punto culminante y el final de la gesta de su héroe, Judas Macabeo. En cuanto al primer libro de los Macabeos, compuesto más tarde, muy a finales del siglo II a. C., yuxtapone la gesta de Judas, la de Jonatán y la de Simón. Segmentar la historia de los acontecimientos en torno a figuras destacadas y significativas es también el modo de escritura utilizado en los Hechos de los Apóstoles. El material histórico está repartido allí en torno a cuatro personajes: Pedro, Esteban, Felipe y Pablo, ninguno de los cuales es seguido de principio a fin de su misión. El libro se detiene tan abruptamente como el segundo libro de los Macabeos, con la llegada de Pablo a Roma, punto culminante de la predicación; otros posibles viajes del apóstol, que sugiere la carta a los Ro-

manos, así como el relato de sus últimos años no fueron conservados. Desde un simple punto de vista biográfico, el género de los *Hechos* no apunta a la exhaustividad, no más, desde luego, que el de las *Vidas*.

Las epifanías o relatos de aparición

Los materiales de los Hechos pueden ser acontecimientos militares, pero también sobrenaturales. El primer libro de los Macabeos pertenece sobre todo a la primera categoría, mientras que el otro concede un amplio espacio a la segunda. El subtítulo de *Epifanías*, utilizado por el compendiador, se justifica por ejemplo por la historia de Heliodoro que abre el libro: principal ministro del rey Seleuco IV, cuya deuda con respecto a Roma era enorme, trató de echar mano al tesoro del templo de Jerusalén hacia el 180; le fue impedido gracias a la aparición de dos caballeros celestiales, con armaduras de oro, que se abalanzaron sobre él y le dejaron por muerto; reanimado por las oraciones del sumo sacerdote, se convirtió inmediatamente, conforme al esquema de los relatos aretalogicos, analizados más adelante (cf. p. 104).

48 2 Macabeos 3,24-34

Estaba ya con su guardia cerca del tesoro cuando el Soberano de los espíritus y de todo poder hizo una gran aparición [...]. En efecto, apareció un caballo montado por un caballero terrorífico y con una rica armadura. Lanzándose con ímpetu, agitó contra Heliodoro sus cascos delanteros. El hombre que lo montaba parecía llevar una armadura de oro. Al mismo tiempo aparecieron otros dos jóvenes, de una fuerza notable y una gran hermosura, vestidos con vestiduras magníficas. Lo azotaban sin descanso.

Asimismo, en la víspera de las principales batallas, Judas Macabeo es confortado con la aparición de guerreros celestiales (2 Mac 3,24-26; 5,2; 10,29; 11,8; 15,21-23). En la historiografía griega, los acontecimientos sobrenaturales forman parte intrínseca de la historia militar, habida cuenta de que el desarrollo de las guerras está acom-

pasado por la celebración de ritos y la búsqueda de presagios. En la historia de las guerras médicas, el relato de la batalla de Maratón, como estaba representada en un famoso cuadro, hace intervenir a héroes autóctonos, que son levantados del suelo de Ática para ayudar a los combatientes a defender la patria.

49 PAUSANIAS, *Periégesis (Descripción de Grecia)* I, 15,3; 32,5

En el extremo de la pintura están los combatientes de Maratón. Los beocios de Platea y todo el ejército ático llegan a las manos con los bárbaros [...]. En el extremo del cuadro están los navíos fenicios y los bárbaros precipitándose hacia ellos, perseguidos por los griegos, que los masacran. Ahí es donde también se encuentran dibujados el héroe Maratón, que dio su nombre a la llanura, Teseo, representado como saliendo de la tierra, Atena y Heracles, al que las gentes de Maratón fueron las primeras –según se dice– en considerar como un dios. Los combatientes que están particularmente destacados en el cuadro son Calímaco, elegido polemarca por los atenienses, Milciades, entre los estrategas en función, y el héroe llamado Equetlo [...].

Sucedió –según se dice– que, en el curso de la batalla, se presentó alguien que tenía la apariencia y el equipamiento de un campesino. Mató a un gran número de bárbaros con su arado y desapareció tan pronto como acabó el combate. Sin decir nada más sobre él, el oráculo* ordenó a los atenienses que le preguntaban que se le rindiera culto bajo el nombre del héroe Equetlo.

* de Delfos

La víspera de la batalla, por otra parte, un mensajero de Atenas había recibido una aparición de Pan, el dios que lleva al ejército a la derrota (Heródoto, *Investigaciones* VI, 105-106). Asimismo, durante la batalla de Salamina se habían escuchado ruidos misteriosos, signos de la presencia de los dioses (Plutarco, *Vida de Temístocles* 15,1-2). En la época helenística, la *Crónica de Lindos*, lo mismo que el segundo libro de los Macabeos (2,21), atestigua que las epifanías se convirtieron en un género historiográfico; al menos cuando se trata de escribir la historia local, donde las apariciones, en una coyuntura dramática, se consideran como indicaciones memorables donde las hay. La *Crónica de Lindos*, recordémoslo, se subdivide en dos rúbricas: las «ofrendas», largo catálogo que ofrece la base de una historia de acontecimientos construida sobre grandes figuras, míticas o históricas (cf. más arriba, p. 23), y las «apariciones». Esta serie incluía cuatro relatos, de los que se nos han conservado tres, donde se mezclan el largo relato de un «milagro de la lluvia», mediante el cual Atena obligó a los persas a levantar el asedio en el 490, y la anécdota del filósofo que se suicidó en el santuario, en la que la aparición de la diosa sirve para indicar el ritual de purificación apropiado.

En la memoria de los habitantes de Rodas, el relato histórico tiene la misma función que una aretología, puesto que debe hacer que el lector comparta el temor sa-

grado que «golpea» al almirante persa reduciéndolo a la impotencia y que es el revelador de la presencia divina. En el siglo v a. C., las ciudades consignaron estas apariciones como una parte importante de su historia local. Delfos había disfrutado de varias apariciones e intervenciones de Apolo durante las invasiones persa y gálata, en el 480 y el 277 (Heródoto, *Investigaciones* VIII, 36-37; Pausanias, *Periégesis* X, 23). Las apariciones eran registradas en los archivos públicos y frecuentemente eran objeto de una propaganda monumental, como lo atestiguan las inscripciones de Cos, Panamara y Magnesia del Meandro. En estos relatos de aparición, la presencia visible de un ser sobrenatural no es obligatoria: también puede tratarse de un fenómeno atmosférico achacado a la divinidad. Otras veces, la divinidad local es identificable, por ejemplo Apolo y Artemisa con su arco en Delfos. Por último, la historiografía griega, como la historiografía bíblica, utiliza ampliamente el motivo del fuego celeste, en el que los griegos reconocían una epifanía de Zeus, o incluso el de guerreros de una grandeza sobrehumana, ángeles para los judíos, héroes para los griegos. La tradición local de las epifanías continuó alimentando la primera hagiografía cristiana: por ejemplo, santa Tecla salvó a la ciudad de Estratónice de Caria de la misma forma que lo había hecho el Zeus cariano de Panamara al enviar el fuego celestial contra los enemigos que amenazaban la ciudad y la basílica.